

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion moral, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—Santiago [continuacion], por don E. Hernandez.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—El Cazador, por doña Micaela de Silva.—GRABADO: *Bolsa de crochet*.—LAMINA: *Figurin*, núm. 750.

EDUCACION MORAL.

DIFICULTADES EN LA EDUCACION.



CADA período de la vida exige reglas especiales de educacion, y tiene sus dificultades, siendo evidente que, ni es ni puede ser la misma en los primeros años, ni cuando se empieza la verdadera instruccion, ni al entrar en la pubertad, ni en la juventud, que es cuando va produciendo maduros frutos.

Pasada la encantadora edad de la primera infancia, ese tiempo de dulce prestigio en que el alma se espacia por intuicion en un mundo desconocido, donde todo se anima y todo respira por un pequeño sér, que no creyendo ver en todas partes mas que la vida, parece presentir ese espíritu divino cuyo soplo penetra en toda la naturaleza, tiempo de misterio en que la niña está quizá mejor dotada que nosotros, con mas inocencia y candor, y mas felicidad, viene un despertar que disipa los sueños rientes, y es como el amanecer de un día cuyo primer frío se siente. A medida que las cosas del mundo se muestran en su realidad á los ojos de la niñez, todo lo ve menos indeciso y menos vago. Sus formas se pronuncian, se pierde esa gracia infantil y seductora que da encanto á la belleza, no es la misma su manera de ver y de sentir, y bajo todos aspectos se presenta una nueva escena, un mundo nuevo.

Es venturoso, sin embargo, para las jóvenes que haya una tregua á la seducccion que ejercen en la infancia, que el encanto de la niña no se una inmedia-

tamente al de la mujer, y que cuando su carácter es aun flexible, venga un tiempo en que no puedan agradar sino por sus sólidas cualidades, por su relevante mérito, por las escelencias de su educacion é instruccion, formándose así un tesoro que no pueden apreciar lo bastante, ni deben apreciarle por sí sino por los resultados que vean, por la estimacion que las dispensan los demas.

Cuando llega el tiempo en que es mas sensible el término de las disposiciones ó cualidades infantiles, hay una intencion mas reflexiva que reemplaza al movimiento involuntario del instinto. Un mismo género de sentimiento despierta mas razon; y cuando su moralidad no está aun bien desenvuelta se la puede hacer retrogradar con aprobaciones exageradas. Se ve la mezcla de las dos edades; la infancia con su aturdimiento, la personalidad con menos encanto, y tan pronto intenciones de moralidad y de afecto, como hechos de amor, de deber, de todo cuanto sonríe la esperanza de las madres. Este período es una transicion: un paso del instinto al conocimiento, de la simpatia desapercibida á los sentimientos reconocidos. Y ¡cuántas dificultades presenta á la educacion!

De aquí el desórden que suele haber en este intervalo, el conocimiento imperfecto, y los sentimientos poco ordenados. Entonces es cuando especialmente se reconoce el precio, el inmenso valor de los buenos hábitos y costumbres contraidas, porque son un mecanismo que liga lo pasado con el porvenir, y opone al impulso caprichoso del momento presente, la fuerza acumulada de un movimiento uniforme.

Noten nuestras jóvenes lectoras sino lo han notado, y piensen bien en ello, pues á nadie interesa como á ellas mismas, que el progreso de su inteligencia no guarda relacion con el de ese principio de justicia que

2.^a ÉPOCA.

va desenvolviéndose en todos, y menos con la aplicación que de ella se hace. Toda niña calcula maravillosamente el interés de su placer, y va á su objeto con una destreza infinita, poniendo en juego, para conseguirlo, todos los recursos de su inteligencia: todas saben sostener su derecho, é interesando á sí propias, son ardientes defensoras de la mas severa justicia; pero cuando no se trata de sí mismas, reprenden á sus hermanos y hermanas, les dicen que es mal hecho desobedecer á sus padres, y que es vergonzosa la ignorancia, afrentosa la desaplicación, y censuran, en fin, todo lo que verdaderamente es censurable, y muestran en todo su rigor esas máximas magníficas, que parecen haber olvidado para aplicárselas á sí propias, y las tienen muy presentes para aplicarlas á los demas, y las repiten con énfasis, con un aire de satisfacción, como si siempre las hubieran practicado. Aquí se ve, en efecto, que no se han olvidado las buenas máximas aun cuando sea para aplicarlas á otros; y esto es algo, y lo es tambien el carácter de la humanidad que no habia de tener excepción en la niñez.

Y aunque esta ventaja parezca ligera, no se desdigne, porque cuando los buenos sentimientos se hayan desenvuelto mas, veremos que la convicción de la inteligencia es una ventaja adquirida, y de valor, y esto nos asegura de la aprobación secreta de la niñez cuando la contrariamos en sus caprichos. Pues bien, esa aprobación debe ser esterna; si la niñez conoce lo que es justo, que lo muestre, que lo declare, que se acostumbre á la verdad en todo. Esa justificación que impone á los demas, que se la imponga á sí misma, que para ella será el principal bien, y habrá vencido otra dificultad de la educación.

Vastísimo es sin duda el asunto de que nos ocupamos, y superior á nuestras fuerzas; pero supla la inteligencia de nuestras lectoras la que nos falta, y ellas que comprenden la razón de lo que tan ligeramente insinuamos, que la sienten, deben hacer un esfuerzo y contribuir á vencer estas dificultades que presenta su educación, para que así sea la tarea mas fácil, ya que no puede dejar de ser siempre penosa.

Pero algo merece el cariño maternal, ese inefable amor que no tiene igual, y no olviden que por su propio bien hacen, que este es en último resultado el objeto de todos los desvelos, de todas las enseñanzas, de todas las inmensas dificultades que hay que vencer, y que está en las mismas hijas facilitar su vencimiento, que es lo mismo que aumentar sus perfecciones, y lo que es igual, sus encantos.

A. PIRALA.



CARTAS FAMILIARES.

VIII.

De Enriqueta á Julia.

—Hemos dado ya por supuesto, mis queridas niñas, que la casa está fabricada, y hemos hecho bien. Las casas hoy en día mas pequeñas y pobres, ó mas grandes y mas espléndidas, son uniformes en su estructura, y la necesidad de albergar á muchos vecinos les ha quitado algo de su antigua magestad, así como la premura con que se levantan, les ha quitado algo de su antigua solidez.

En tiempo de los Romanos, bajo el reinado de Augusto, cada ciudadano tenia su casa, en la cual habitaba él solo, con su familia. Componíase en primer lugar, de un pórtico y de un vestíbulo, que se extendía hasta un patio muy grande, en donde se hallaban situadas la panadería, la bodega y las cocinas. De este patio se pasaba á un segundo, llamado átrio, y aquí se terminaba la parte pública de la casa.

En el átrio, á la derecha, estaba el departamento de los hombres, y á la izquierda el de las mujeres, aquel compuesto de una antecámara, dos ó tres piezas de recepción y de otros tantos dormitorios, éste de algunas habitaciones dispuestas para recibir las visitas, un segundo átrio, una sala de baños, y un altar destinado á los Dioses protectores de la casa.

Cuando el aumento de población hizo necesario que los hombres disputasen sus viviendas á los pájaros, las habitaciones se sobrepusieron las unas encima de las otras, y una misma casa dió abrigo á muchos vecinos, pero estas habitaciones estaban dispuestas sin orden y sin gusto, componiéndose de una larga serie de corredores y aposentos, sin que ninguno tuviese un objeto especial y determinado.

Las inmensas cocinas servían al mismo tiempo de comedor á los amos y á los criados, y á veces hasta á los animales, y aunque tenían piezas destinadas para recibir, el uso de los salones, tales como nosotros los conocemos, data tan solo del siglo XVI.

En cuanto á los dormitorios, han existido siempre en todos los países civilizados. Entre los persas, los medos y los egipcios, estos consistían en una anchurosa pieza en donde los habitantes de la casa dormían todos juntos, estendidos sobre ricos tapices. En Africa, y en la América del Sur, duermen sobre hamacas, en los aposentos mas frescos, y en Rusia se escojen los que están mas resguardados del aire, llenándolos de estufas.

Con respecto á nuestras alcobas, su uso viene de

Oriente, pues la palabra alcoba, se deriva de la árabe El-Kauf, que significa lugar donde se duerme, y es probable que los moros la generalizasen en España.

De todos modos hemos convenido, que solo nos ocuparemos de las tres piezas principales de nuestra casa, que son el dormitorio, el comedor y la sala.

Tú, Luis, te has encargado del papel, á ver lo que nos dices.

—Ese hermoso papel pintado, respondió el niño, con que se adornan las paredes de las habitaciones, es una industria que data casi de nuestros días.

Desde los mas remotos tiempos se reconoció la necesidad de cubrir las paredes con algo que impidiese la transpiración de la humedad, y de ahí vino la costumbre de blanquearlas. Pero la cal, además de fatigar la vista, es incómoda, porque si está seca se desprende, y mancha si está reciente.

Los caballeros cruzados, al volver de Oriente, importaron entre nosotros la costumbre, establecida allí, de revestir las paredes con magníficos tapices, que son unos paños grandes, tejidos con lana, seda y algunas veces oro y plata, en que se copian cuadros de historia, montería y otras cosas, siendo el agregado ó juego de tapices, que forman una historia ó una serie de paisajes uniformes en el tejido, lo que se llama tapicería.

Esta costumbre era sin disputa la mas bella de todas, porque da un aspecto de severa grandeza al aposento, pero estaba solo al alcance de los ricos.

Mas tarde, se imaginó enmaderar las paredes, es decir, fijar en ellas tablas de madera, pintadas ó esculpidas como se advierte aun hoy en los preciosos artesonados que adornan algunas casas, pero este medio era tan costoso como el primero.

Por fortuna el papel ha venido á conciliarlo todo, pues reúne á las ventajas de la salubridad, la elegancia y la economía, produciendo un bellissimo efecto esos papeles aterciopelados y de un dibujo esquisito, que no desdican de los muebles mas ricos y preciosos.

—Muy bien, Luis, le dije sorprendida, de dónde has sacado tantas noticias?

—Guillermo tiene un libro que dice muchas cosas, respondió el niño lleno de alegría.

—Y tambien dirá á qué pueblo pertenece el honor de haber inventado los tapices?

—A los indios, y desde la mas remota antigüedad han sido célebres los de Alepo, de Tiro, de Babilonia y de Ménfis.

—Te has olvidado de los de Turquía, llamados comunmente de Esmirna, que son los mas estimados.

El monopolio de esta rica manufactura lo ejerce Ushak, ciudad del Asia Menor, la mas bella y populosa de la antigua Frigia.

Los hombres de Ushak pasan su vida labrando sus fértiles campos ó guardando sus rebaños, y dejan á las mujeres el cuidado absoluto de esta fabricacion,

que forma sin embargo su principal riqueza. Ellas compran la lana, que es muy gruesa, á las tribus que bajan del Kurdistan, la lavan, la cardan, la hilan y la tejen, pero abandonadas á sí mismas, reproducen incesantemente desde tiempo inmemorial siete modelos, variando tan solo los detalles y colores. ¡Cuánto no harian si el arte y el buen gusto presidiesen á sus tareas!

Allí las jóvenes no pueden casarse hasta que han hecho su primer tapiz, que se reserva para completar su equipaje de novia. Como su trabajo es tan productivo, las mas hábiles son las que tienen mayor número de pretendientes, obteniéndolas aquel que mas regalos hace á la familia, para indemnizarla de su pérdida.

Os he hablado de los tapices de Turquía, deseosa de contaros una de sus poéticas leyendas.

Mirta era la mas bella y la mas graciosa de las jóvenes de Ushak, mas ¡ay! que la pereza la habia aprisionado entre sus garras.

A cada instante abandonaba su telar y corria á los campos, para seguir á la aventura el curso de las aguas de un arroyo, ó el de las nubecillas del cielo, mientras acariciaba las flores de hojas de nieve y boton de oro.

—En qué piensas? La decian los pastorcillos. ¿Es que piensas en Adel, el de los cabellos y ojos negros, y pálidas mejillas? Esta mañana lo hemos encontrado en el bosque triste y pensativo.

—Teje aprisa tu tapiz, la decian las jovencillas. Adel está impaciente! Mira que otra belleza no te robe sus suspiros!

—Hija, la decia su madre, la pereza es un vicio pérfido, tanto mas pérfido, cuanto parece mas inocente é inofensivo. La pereza destruye el pasado y el porvenir, y todo lo convierte en lágrimas.

Mirta al oir esto se sentaba á su telar y trabajaba; pero pronto empezaba á oir el canto de los pájaros, percibía el aroma de las flores, veía pasar las nubecillas de oro que cruzaban por el espacio, y la lana se anudaba entre sus dedos, los hilos se rompían, y vencida por la impaciencia se escapaba furtivamente del taller, refugiándose en el bosque.

—Cuándo acabas el tapiz, Mirta? La decia Adel, el de los ojos negros y la negra cabellera, es que acaso no me amas?

—Te amo mas que al sol que ilumina el universo, mas que á las flores que embalsaman el ambiente, mas que á las mariposas de alas azules y doradas que susurran en los prados, decia Mirta.

Pero moria y volvía á renacer el sol, la naturaleza perdía y recobraba sus vistosas galas, sin que el tapiz se acabase.

Un dia, Mirta vió al pastor entrar en casa de Zulma. Zulma no era bella, pero sí trabajadora.

Cuando Mirta salió por la tarde, oyó que los pastores decían:

—Los ojos azules ya no tienen por esclavos á los ojos negros. Los ojos negros se han fijado en unos dedos ágiles y diestros.

Mirta, con el corazón destrozado, corrió como una loca al través de los campos, se dejó caer á orillas de un lago, en donde crecían sus flores predilectas, y allí se entregó al llanto.

Y la noche sucedió al día, y la luna sucedió al sol, y á los insectos de esmeralda los insectos de luz, que brillan como topacios entre el musgo perfumado.

Y los ecos alegres se convirtieron en ayes, y en quejas los murmurios del céfiro y de las aguas.

Y todas las hojas se cubrieron de lágrimas, y lágrimas eran las que arrojaban á la orilla las ondas azuladas.

Y poco á poco se fueron entreabriendo las corolas de las flores, dejando escapar unos vapores diáfanos. Y los vapores se fueron condensando lentamente, y del cáliz de cada flor, salió una Sílfi de voluptuosa.

Y todas murmuraron á la par con un acorde dulcísimo que repetían los ecos.

—Hé aquí á tus frívolas compañeras, Mirta! Venimos en tu ayuda!

Y las Sílfi des se agruparon en derredor de Mirta, y la bruma del lago se elevó, envolviéndolas en una ligera nube, y el aura empujó la nube hasta la ciudad de Ushak, que dormía tranquila entre las sombras.

.....

—Mirta ha acabado su tapiz, corred en busca de Adel, corred!... decían las mujeres gozosas, rodeando á la jovencilla. Pero qué es esto?... Apenas está acabado, y ya los hilos se rompen, las flores se descoloran!...

—Es qué la frivolidad las ha tejido! dijo una voz burlona.

Mirta esperaba siempre. Esperaba á su amante vestida de blanco y coronada de rosas.

Pero su amante pasó dando el brazo á Zulma. ¡Zulma la de los dedos ágiles y diestros!...

.....

La casa de Zulma es bella y resplandeciente como el oro.

La casa de Mirta se ha convertido en ruinas.

Ruinas son, aunque el musgo las ha cubierto de verde, y aunque en medio del musgo crece una rosa blanca.

Cuando la noche es oscura, cuando revolotean en los aires el murciélago y la abubilla, las hojas de la rosa se cubren de lágrimas, su cáliz se entreabre muy despacio, y deja escapar un vapor azul y transparente.

Y entonces las aguas y los céfiros, las plantas y los ecos se estremecen, elevando un murmurio quejumbroso.

Y entonces las madres dicen á sus hijas:

—Tejed, tejed aprisa! Es Mirta que llora el tiempo que ha perdido!

ANGELA GRASSI.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XVIII.

Continuemos nuestra escursión trasladándonos del palacio del Louvre al del Luxemburgo, situado, como ya creo haberte dicho, en la orilla izquierda del Sena.

El palacio de Luxemburgo que se comenzó, por iniciativa de María de Médicis, en 1612, y se terminó en 1620, es un paralelógramo de 100 metros de frente sobre 120 de profundidad. Constituyen su fachada, que mira á la calle de Tournon, dos pabellones unidos por dos terrados que sostienen galerías abiertas, en medio de las cuales se eleva una cúpula enlazada al cuerpo del edificio por dos alas, que parten de un piso: tiene dos. Cuatro pabellones cuadrados forman sus ángulos.

Sus salones mas notables son: el de *Sesiones*, destruido por un incendio en 1859 y recientemente restaurado; el de *Ceremonias*; el del *Trono de Napoleon I*, y el de *Napoleon III*. El *dormitorio de María de Médicis*, que conserva su decoración primitiva, escita mas vivamente la atención por los tiempos y los personajes que recuerda, por sus arabescos sobre fondo de oro y sus techos pintados al estilo de la escuela de Rubens. La decoración de la sala del *Libro de oro*, en que se depositaban antiguamente los títulos y blasones de los Pares de Francia, data de la fundación del palacio.

El jardín del Luxemburgo mide 1,000 metros de largo sobre 600 de ancho; las modificaciones que se han ido introduciendo en él no han cambiado su aspecto primitivo. Es, pues, el mismo que ideó Santiago Desbrosses. Todas las estatuas que adornan sus espaciosas alamedas son de mujeres ilustres. Allí están Batilde, esposa de Clodoveo II. Berta, esposa de Pepino; María Estuard; Juana de Albret, madre de Enrique IV; la señorita de Montpensier, heroína de la Fronda; Luisa de Saboya, madre de Francisco I; Juana de Arco; María de Médicis; Margarita de Valois, primera esposa de Enrique IV; Ana de Beanjeu, hija de Luis XI; Blanca de Castilla, esposa de Luis VIII; Ana de Austria, madre de Luis XIV; Ana de Bretaña; Margarita de Provenza; Clotilde, esposa de Clodo-

veo I; Santa Genoveva y Laura de Noves, la célebre Laura del Petrarca. Debe nuestro sexo este rasgo de galantería á Luis Felipe.

Hasta la revolucion, el Luxemburgo sirvió de morada á diferentes miembros de la familia real. Convertido en prision en 1793, se instaló en él el Directorio en 1795, siendo sucesivamente palacio del *Consulado*, del *Senado conservador* y *Cámara de los Pares*. Hoy se llama *Palacio del Senado*.

El *Palacio Real*, mandado edificar por Richelieu en 1629, no se terminó hasta 1636. Legado por Richelieu al rey, tomó Ana de Austria posesion de él al año siguiente, con sus dos hijos menores, Luis XIV y Felipe de Orleans, y entonces cambió su nombre de *Palacio Cardenal* por el de *Palacio Real*. Nada tiene de notable su arquitectura, que se compone de los dos órdenes dórico y jónico sobrepuestos, sino su sencillez y bien entendidas proporciones. De su interior solo merece especialísima mencion, la escalera del segundo piso que conduce á los principales aposentos: su barandilla pasa, en su género, por una obra maestra. Te recomiendo tambien la *galería de las fiestas*, inmenso salon adornado de columnas de mármol con capiteles dorados.

En el jardin, desde el que lanzó Camilo Desmoulins al pueblo contra la Bastilla el 14 de Julio de 1789, hay algunas buenas estatuas de bronce.

El *Palacio del Instituto*, edificado en el muelle Conti, sobre las mismas ruinas de la famosa torre de Nesle, que hizo célebre Margarita de Borgoña con sus crímenes, presenta en el centro un pabellon coronado por una cúpula, con un peristilo de columnas, por el cual se penetra en el salon de sesiones públicas del *Instituto*, que estableció en él Napoleon siendo primer Cónsul. Es circular, recibe la luz de la bóveda, tiene dos anfiteatros y varias tribunas. Las estatuas y bustos que le adornan representan á Fenelon, Bossuet, Sully, Pascal, Corneille, Moliere, Racine, Montesquieu, etc., etc. ¡Qué nombres! La construccion de este palacio se debe á una cláusula del testamento del cardenal Mazarino, que prescribia que se fundase un colegio sobre las ruinas de la torre de Nesle, para educar á sesenta jóvenes de las familias nobles de los Estados del Papa, de Flandes, de Alsacia y del Rosellon, paises reunidos á Francia. De aquí su nombre primitivo de *Colegio Mazarino*.

No nos detengamos en el *Palacio de Bellas Artes* ni en el del *Cuerpo legislativo* para poder visitar con algun detenimiento la *Casa Ayuntamiento* y el *Cuartel de inválidos*. Por si algun dia los visitas te recomiendo el célebre hemicycle de Delaroche, en el palacio de las Bellas Artes, en el que están representados los principales artistas de todos los pueblos y de todos los tiempos, y el salon de sesiones del palacio del Cuerpo legislativo. Su hemicycle presenta veinte columnas de orden jónico sobre las cuales des-

cansa la bóveda; entre las columnas están las tribunas. Entre las estatuas que le decoran descuellan las de la Libertad, el Orden público, la Fuerza y la Elocuencia.

SARA.

SANTIAGO.

Continuacion.

Al amanecer se tranquilizó un tanto.

A los ocho dias desapareció la fiebre y recobró la razon.

Pero no era la misma: su ciega confianza se habia desvanecido, sustituyéndola una sombría aprension. No me engañais, contestaban sus ojos á las palabras de esperanza que la dirijia su familia.

Cansada de interrogar á las fantasmas, decidióse á hablar á los vivos.

Una tarde abordó francamente la cuestion diciendo que no se la ocultaba su suerte. En vano fingió indiferencia y resignacion, en vano suplicó, lloró, se exaltó: todos los ojos se enjugaron al mismo tiempo, y de todos los labios brotó instintivamente una sonrisa.

—Morir! exclamó su madre. Nunca han dado los médicos importancia alguna á tu enfermedad.

—Dentro de un mes volveremos á Rouen, y este verano, como hace dos años, iremos á Villerville, añadió Mr. Duhamel.

—Sí?

—Te lo prometo.

—No les inspira á Vds. cuidado alguno mi enfermedad?

—No por cierto.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, el que todo lo oye debió oír latir todos los corazones.

La señorita Eugenia, mirando á Santiago, murmuró para sí:

—Santiago, que es un niño, me dirá lo que ellos me ocultan.

Pobre Santiago! A qué terribles pruebas iban á someterle!

VII.

A la mañana mandóle á llamar la señorita Eugenia, y se encerró con él en la habitacion.

Santiago, sospechando lo que queria se dijo:

—Prudencia!

—Con qué me he salvado? le dijo la señorita, sentándose á su lado.

—Salvado! No te comprendo, hermana mia, la contestó Santiago con tanta ingenuidad, y mirándola tan fijamente que la hizo bajar los ojos.

—De una enfermedad mortal!

—A nadie he oído decir que lo fuese.

—No?

—No! A tu edad nadie se muere.

—Y tu hermana Catalina.

—Mi hermana Catalina era una pobre aldeana.... Ni la asistió ningún médico, ni la trajeron á Hyeres.

—Es decir, que si hubiésemos permanecido en Villerville.... hubiera muerto...

—No... no... no es eso...

—Confiesa que los médicos que fueron á verme á Villerville me deshaucieron. ¿Si ha desaparecido el peligro, porque te obstinas en negar que he estado herida de muerte?... Dime la verdad, te lo pido por lo mucho que te quiero.

—Quieres que mienta?

—Te han prohibido que lo digas. Pero yo quiero que hables.

—Hermana mia!

—Dime todo lo que has oído.

—Dónde?

—En Villerville, en Rouen, en Hyeres.

—He oído decir que en Italia ó en el mediodía de Francia recobrarías la salud.

—Nada mas. Sea. En Hyeres he vuelto á recaer y han venido á visitarme los mejores médicos de París, de Rouen, de todo el mundo: ¿qué han opinado?

—Tú lo sabes lo mismo que yo: no les he visto sino á la hora de la visita.

—Sé que han celebrado muchas conferencias con mi padre delante de tí, porque nadie desconfía de un niño. ¿Cuántas cosas debes haber oído?

—No sé mas que lo que te he dicho.

—Mi padre está cada día mas triste.

—Al contrario.

—Mi madre huye de mi lado para llorar.

—No.

—Mientes, Santiago!

—Yo!

—Jura que has dicho la verdad.

—Hermana mia!

—Júralo por la memoria de Catalina.

Santiago se estremeció enteramente, porque la moribunda tenía los ojos clavados en él.

—Lo juro por la memoria de mi hermana Catalina! exclamó con increíble energía, recordando que los médicos habían dicho que la verdad la mataría.

La señorita vaciló y abrió los brazos como diciendo á Santiago, «ven.» Pero recobrando la energía que se había impuesto, exclamó con despecho:

—Me engañas como todos: véte de aquí, te aborrezco, eres un ingrato!

—Yo! la contestó Santiago desesperado... Yo qué tanto te amo!

—Me engañas tambien en eso: ni me amas, ni me has amado nunca.

—Yo ingrato!

—Lloras!

—Sí, lloro, porque ya no me amas. ¡Qué cruel eres!

—Perdóname... no sé lo que me digo...

Al día siguiente, volvió á interrogarle, pero él perseveró en su generoso silencio.

—Tú hablarás ó te aborreceré! le dijo ella.

—¡Moriré tambien, pero no hablaré! murmuró él.

Y la llama iba entretanto consumiéndose lentamente y la esperanza huyendo de todos los corazones. Las últimas palabras de la moribunda fueron estas: «No quiero que se acerque ningún hombre negro á mi cama.» Así llamaba á los médicos. Su padre despidió á los que la asistían. Cuál no sería el asombro de Santiago al ver entrar un día en su alcoba un personaje desconocido, de fisonomía singular y en traje mas extraño todavía! Era un médico árabe. Mr. Duhamel dijo á su hija que era un comerciante de Túnez.

—Vé si lleva alguna tela ó alguna joya que te guste.

El fingido comerciante devorándola con los ojos, desdobló sobre el lecho algunas piezas de telas.

Sea que su mirada ejerciese en ella alguna influencia, sea que se dejase arrastrar por la curiosidad, examinó las telas atentamente y abrió algunos estuches, pero sin dejar de mirar al árabe, que se permitió hacer algunas preguntas sobre su enfermedad y tomarla una mano.

Después se retiró y siguió Mr. Duhamel.

—Ese hombre es un médico, dijo en seguida la moribunda á Santiago.

—Es un comerciante.

—Te digo que es un médico. Pero... véte... déjame... y cuenta con no volver á poner los pies aquí.

—No puedo soportar su odio, exclamó Santiago obedeciendo ciegamente, hoy mismo partiré para Villerville.

Y se dirigió al despacho de Mr. Duhamel. Al ir á entrar se detuvo: el árabe estaba con él. Hé aquí lo que oyó.

(Se concluirá.)

E. HERNANDEZ.



LABORES.

El lindo *bolsillo* de *crochet* á *canelones* que muestra el grabado adjunto no necesita recomendación: es labor de tanto gusto, que las señoras que sepan hacer punto de *crochet* se apresurarán á reproducirla, y las que lo ignoren sentirán hoy mas que nunca no saber ejecutar un tejido que tales objetos crea, y que ha llegado á ser una de las habilidades mas indispensables en toda jóven medianamente educada.

Empléase en este lindo bolsillo: torzal negro, torzal grana y torzal maiz, y aguja *crochet* de acero de tamaño proporcionado.

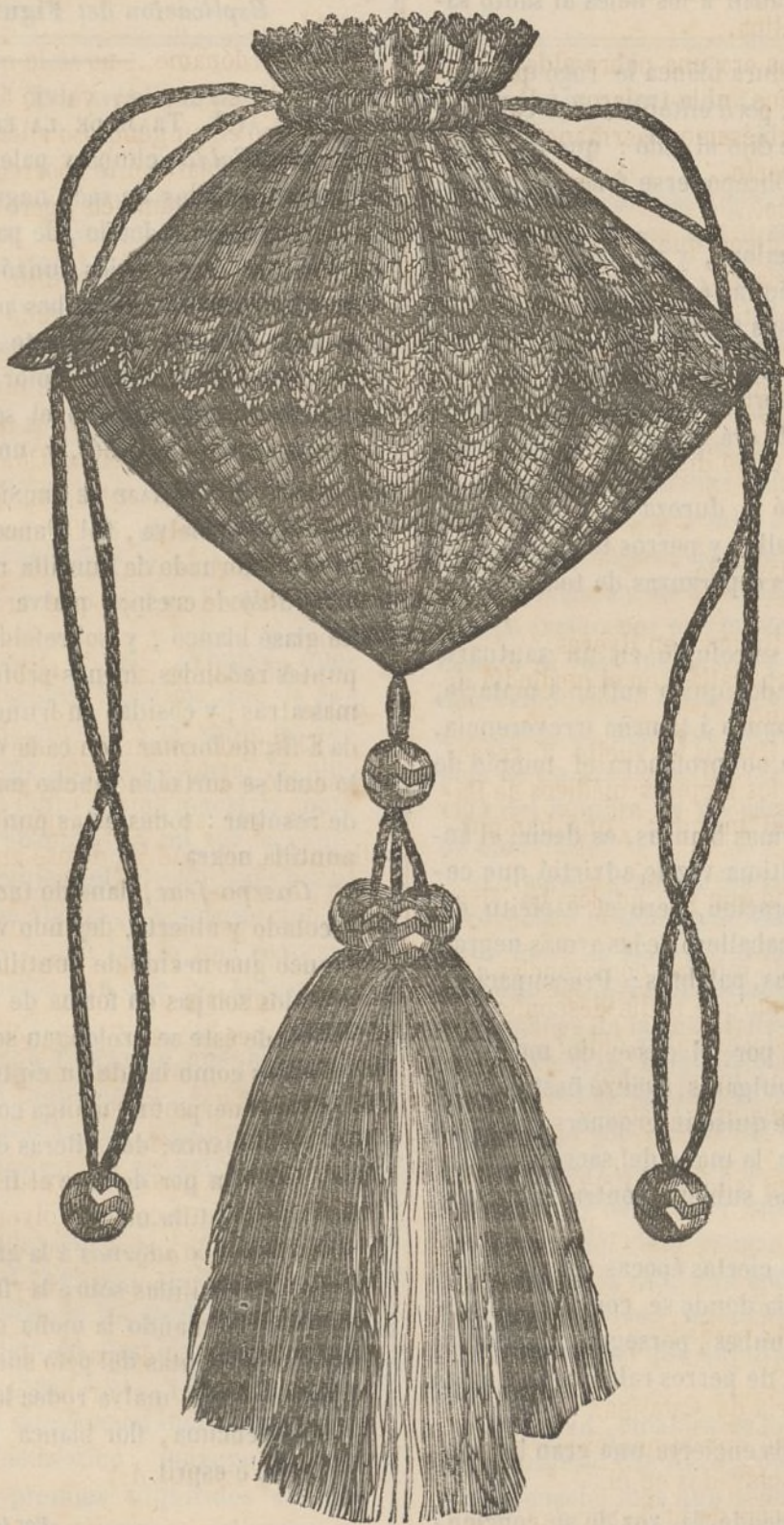
Se principia por formar círculo con tres puntos de cadeneta de torzal grana, y se siguen 8 vueltas con este color, aumentando lo necesario para que el círculo grande quede sentado perfectamente: todas las vueltas de esta labor son dobles, pero en la última de las hechas se principia el *acanalado*, que se forma ejecutando 6 puntos lisos, 3 en uno solo, 6 lisos, saltando dos, 3 en uno, y así hasta el fin de la vuelta. En los puntos lisos deben seguir el mismo orden de aumentos.

Ejecútanse de esta manera: 5 vueltas de color de grana, 1 negra, 1 maiz, 1 negra y 2 grana; entonces se corta el torzal y se empieza aparte otro pedazo de

crochet *acanalado* con la misma cantidad de puntos que la última vuelta del pedazo anterior.

Hácese para este segundo pedazo, destinado á la mitad superior del bolsillo, 1 vuelta con negro, 1 con maiz, 1 con negro, 5 con grana, 1 con negro, 1 con maiz, 1 con negro, 2 con grana, y todas sin aumentar ni disminuir puntos. Al llegar aquí se hacen 4 vueltas de *crochet* calado con grana, que sirven para pasar los cordones, y después una vuelta con negro que formará *conchitas*, haciendo 4 barras sobre un calado de la vuelta anterior, y pasando otros tres calados para repetir las barras, y así hasta el fin de la vuelta: ahora falta solo hacer sobre ésta otra con maiz toda de puntos dobles.

Terminado este trabajo, se unen ambas partes del bolsillo, la del fondo y la de la cabeza por medio de la misma aguja de *crochet* que pasa por un punto de una orilla y otro de la otra. Completan esta linda bolsita cordones con bellotas para cerrarla, y tres borlas en el centro, de los mismos colores empleados en el tejido.

Bolsa de *crochet*.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



EL CAZADOR.

Paráfrasis de una leyenda de Burger.

Seguido de sus monteros y lebreles, partió un señor á la caza un domingo á la hora en que las campanas de la iglesia convidaban á los fieles al santo sacrificio de la misa.

Un caballero de armadura blanca le rogó que santificara el día del Señor; pero entonces otro caballero de armadura negra, le dijo al oído: que los hombres ilustrados deben sobreponerse á las preocupaciones del vulgo.

El cazador partió al galope, y no tardó en llegar al campo de una pobre viuda; ésta le rogó humildemente que no devastara sus sembrados. El caballero de armas blancas le dijo: que no desatendiera el ruego del humilde. El caballero de las armas negras le dijo: que mostrarse débil, era derogar sus fueros de señor feudal.

El cazador confundió la dureza con la energía, pasó adelante, y sus caballos y perros troncharon las espigas y destruyeron las esperanzas de toda una familia.

El ciervo perseguido se refugió en un santuario que halló abierto. El cazador quiso entrar á matarle, un anciano sacerdote se opuso á tamaña irreverencia, y de rodillas le pidió que no profanara el templo de Dios.

El caballero de las armas blancas, es decir, el ángel de su guarda, por última vez le advirtió que cediese á tan justa consideración, pero el espíritu del mal representado por el caballero de las armas negras, murmuró á su oído estas palabras: Preocupación! tontería! fanatismo!

El cazador, impelido por el deseo de mostrarse superior á los espíritus vulgares, avanzó hasta el dintel sagrado. El sacerdote quiso interponerse, y cayó mortalmente herido por la mano del sacrilego. Entonces la jauría entera se sublevó contra su propio dueño, y le devoró.

A media noche, y en ciertas épocas del año, se ve sobre la torre de la iglesia donde se cometió el crimen, un cazador en las nubes, perseguido continuamente por una multitud de perros rabiosos que amenazan despedazarle.

Hijas mías, esta balada encierra una gran lección, oídla.

El hombre que desatiende la voz de su conciencia, que no cumple los mandamientos de Dios, que desoye la voz de sus padres y maestros, la de sus fieles y verdaderos amigos, y cede á las sugestiones de los malos, abandonándose á los impulsos de un miserable orgullo, corre desenfrenadamente por el

camino de la perdición; de pecado en pecado, de vicio en vicio, acaba por cometer los mas horribles crímenes, y muere devorado por los remordimientos que le persiguen hasta mas allá del sepulcro.

MICAELA DE SILVA.

Explicación del Figurin, núm. 750.

FIG. 1.^a TRAJE DE LA ÉPOCA DE LUIS XV PARA VIAJE.— *Falda*, chupa y paletot de alpaca gris, con botones y ojales de seda negros.

Sombrero redondo, de paja, adornado alrededor de la copa por un biés punzó retorcido con cordón de paja, rematando ambos adornos en tres grandes lazadas por delante: la parte inferior del ala va también forrada de seda de color punzó y atravesada por cordones, completando el sombrero cordones con borlas al lado derecho, y un esprit al izquierdo.

FIG. 2.^a TRAJE DE REUNION EN BAÑOS.— *Vestido* de crespón malva, tul blanco y glasé de ambos colores, adornado de puntilla negra.

Falda de crespón malva con volantito al canto de glasé blanco, y sobrefalda de tul recortada en puntas redondas, menos profundas á medida que van mas atrás, y cosidas en frunces sobre la primera falda á fin de formar con cada una un bullonado, para lo cual se cortarán mucho mas largas de lo que han de resultar: todas estas puntas van guarnecidas de puntilla negra.

Cuerpo-frac, llamado *increíble*, de glasé malva, escotado y abierto, dejando ver un *chaleco* de glasé blanco guarnecido de puntilla negra, del cual vuelven dos solapas en forma de berta sobre el frac: las caídas de éste se prolongan sobre la falda, largas y flotantes como las de un cinturón, completando este extraño cuerpo una manga corta y abierta sobre otra de glasé blanco: dos hileras de botones de seda blancos adornan por delante el frac, que va todo guarnecido de puntilla negra.

Peinado y adornos á la griega, compuesto el primero de sortijillas sobre la frente, y levantados los bandós, formando la moña cocas vueltas hácia arriba con las puntas del pelo sueltas y rizadas: una diadema de cinta malva rodea la cabeza, con grupo de lazadas encima, flor blanca y espigas colocadas en penacho ó esprit.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.